

especial para *El Financiero*, edición del 5 de mayo de 1992  
Deminios en Los Angeles  
miguel ángel granados chapa

Un dato demográfico, sociológico, geopolítico nos autoriza, no siendo nuestra materia los asuntos internacionales, a hablar de los demonios de Los Angeles: En esa ciudad vive una multitud de mexicanos, o de estadounidenses con origen en este lado de la frontera, tanto o mayor como la que alienta en Guadalajara y Monterrey. Y son también importantes las comunidades de esa condición y esa oriundez en muchas de las ciudades sacudidas por la violencia. El asunto, así, en gran medida es de nuestra incumbencia. Es, en cierto sentido, un asunto interno de México.

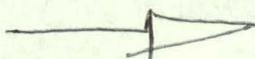
Porque el rechazo violento, la repulsa organizada a los mexicanos que están en los Estados Unidos sin documentos, y los que anhelan entrar a esas tierras a trabajar, crecerán y estarán socialmente justificados por los sucesos recientes en la ciudad angelina. La última huella dejada en la conciencia, la imagen que prevalece en la retina, es la de negros e hispanos convertidos en salteadores, en jinetes del apocalipsis.

Se ha operado, así, una gigantesca distorsión de los hechos.

Salta a la vista, primero que nada, la inmundicia judicial. Una institución noble de suyo, como es la justicia ciudadana, la de la gente común, ha quedado en entredicho, a causa de la sentencia excretada por los miembros del jurado que dispensaron de culpa a los agentes policiacos acusados de golpear a Rodney King. Todo el mundo está criticando ese veredicto. Ya nadie es original al pensarlo, tan evidente es la injusticia. Hasta el cartonista de *The Miami Herald*, habitualmente opuesto a toda manifestación de *liberalismo*, publicó el sábado anterior un magnífico dibujo en que los jueces populares asestan a la justicia una golpiza como la que llovió sobre King.

Los intentos de explicación que los miembros del jurado den a su decisión pueden ser imaginativos y eventualmente hasta inteligentes. Pero son inútiles, porque sólo buscarían encubrir la verdadera motivación de su juicio. Esta motivación se descompone en dos variables. Una es de orden general, es la consagración de los uniformes, es decir el autoritarismo ciego, sobre la libertad. Los jurados quieren que prevalezca la policía sobre la sociedad, que ésta experimente de modo clarísimo que el que manda manda, y si se equivoca vuelve a mandar. La otra vertiente es de orden racial: se trata de impedir que los negros se engallen; que crean, y con ellos, las otras minorías, que sus derechos civiles son del mismo color que los propios de la población blanca, anglosajona, protestante. Todos somos iguales, parecen aceptar los WASP, pero unos son más iguales que otros.

La golpiza a King alcanzó excepcional difusión. Un videoasta aficionado filmó segundo a segundo a los cuatro



agresores cebarse sobre King, a quien dejaron hecho trizas en la calle. No hay un problema de duda, en cuyo caso es debido, según el apotegma latino (*in dubio pro reo*), beneficiar a los acusados. Todo el mundo, incluidos naturalmente los jurados, pudo percibir la saña con que procedieron los agentes policiacos. Si King hubiera resistido, si hubiera estado armado, si la vida de los agentes del orden estuviera en riesgo, si la víctima, antes de serlo plenamente, pretendiera huir, se habría presentado una fisura para algún género de justificación. Pero King estaba inerme, tirado en el suelo, incapaz de moverse casi. Y en esa indefensa posición fue apaleado no sólo con falta de misericordia, sino con entusiasmo enfermizo, con gana de cobrar en una persona los rencores que la policía ha alimentado contra los diferentes, sólo por esa razón. Por ser diferentes, porque a la limitada capacidad de comprensión de personas como esos agentes y esos miembros del jurado, escapa que la naturaleza, o Dios, quiso enriquecer la vida humana tiñéndola de coloraciones y pareceres distintos.

Ese es el rencor que ha estallado en Los Angeles, esos son los demonios que han actuado allí antes que las explosiones de la semana pasada. Nadie disculpará la destrucción, la rapiña, la violencia sin norte. Pero se trata de un efecto, de la consecuencia de una causa que es preciso examinar primero que el resultado, porque éste se vuelve incomprensible e irremediable si aparece desvinculado de su origen. Ese resultado, adicionalmente, genera efectos perversos, pues ha puesto a pelear entre sí a las comunidades minoritarias. Hubo mexicanos entre los vándalos y las víctimas de los vándalos, como hubo negros en una y otra situación. Sus diferencias serán ahora ventiladas en tribunales que actuarán en la misma dirección que el jurado que absolvió a los verdugos de Rodney King.

Pálida a estas alturas la causa de los disturbios, borrada casi enteramente por el énfasis puesto en la destrucción, el saqueo y la muerte. los instrumentos de la autoridad --la policía sacramentada, la guardia nacional convertida en ejército de salvación, las tropas federales ocupantes de su propio territorio-- adquieren brillo y valor, el valor y el brillo que habían perdido con la golpiza a King. Todo vuelve a su lugar. Los impugnadores de la injusticia han quedado reducidos a lo que son, una manada de búfalos destructores que debe ser condenada a la extinción, si no mediante el exterminio, sí a través de la cárcel, el estigma, la represión.



## Demonios en Los Angeles

Miguel Angel Granados Chapa

Un dato demográfico, sociológico, geopolítico nos autoriza, no siendo nuestra materia los asuntos internacionales, a hablar de los demonios de Los Angeles: En esa ciudad vive una multitud de mexicanos, o de estadounidenses con origen en este lado de la frontera, tanto o mayor como la que alienta en Guadalajara y Monterrey. Y son también importantes las comunidades de esa condición y esa oriundez en muchas de las ciudades sacudidas por la violencia. El asunto, así, en gran medida es de nuestra incumbencia. Es, en cierto sentido, un asunto interno de México.

Porque el rechazo violento, la repulsa organizada a los mexicanos que están en Estados Unidos sin documentos, y los que anhelan entrar a esas tierras a trabajar, crecerán y estarán socialmente justificados por los sucesos recientes en la ciudad angelina. La última huella dejada en la conciencia, la imagen que prevalece en la retina, es la de negros e *hispanos* convertidos en salteadores, en jinetes del apocalipsis.

Se ha operado, así, una gigantesca distorsión de los hechos.

Salta a la vista, primero que nada, la inmundicia judicial. Una institución noble de suyo, como es la justicia ciudadana, la de la gente común, ha quedado en entredicho, a causa de la sentencia excretada por los miembros del jurado que dispensaron de culpa a los agentes policíacos acusados de golpear a Rodney King. Todo el mundo está criticando ese veredicto. Ya nadie es original al pensarlo, tan evidente es la injusticia. Hasta el cartonista de *The Miami Herald*, habitualmente opuesto a toda manifestación de *liberalismo*, publicó el sábado anterior un magnífico dibujo en que los jueces populares asestan a la justicia una golpiza como la que llovió sobre King.

Los intentos de explicación que los miembros del jurado den a su decisión pueden ser imaginativos y eventualmente hasta inteligentes. Pero son inútiles, porque sólo buscarían encubrir la verdadera motivación de su juicio. Esta motivación se descompone en dos variables. Una es de orden general, es la consagración de los uniformes, es decir el autoritarismo ciego, sobre la libertad. Los jurados quieren que prevalezca la policía sobre la sociedad, que ésta experimente de modo clarísimo que el que manda manda, y si se equivoca vuelve a mandar. La otra vertiente es de orden racial: se trata de impedir que los negros se engallen; que crean, y con ellos, las otras minorías, que sus derechos civiles son del mismo color que los propios de la población blanca, anglosajona, protestante. Todos somos iguales, parecen aceptar los WASP, pero unos son más iguales que otros.

La golpiza a King alcanzó excepcional difusión. Un videoasta aficionado filmó segundo a segundo a los cuatro agresores cebarse sobre King, a quien dejaron hecho trizas en la calle. No hay un problema de duda, en cuyo caso es debido, según el apotegma latino (*in dubio pro reo*), beneficiar a los acusados. Todo el mundo, incluidos naturalmente los jurados, pudo percibir la saña con que procedieron los agentes policíacos. Si King hubiera resistido; si hubiera estado armado; si la vida de los agentes del orden estuviera en riesgo; si la víctima, antes de serlo plenamente, pretendiera huir, se habría presentado una fisura para algún género de justificación. Pero King estaba inerme, tirado en el suelo, incapaz de moverse casi. Y en esa indefensa posición fue apaleado no sólo con falta de misericordia, sino con entusiasmo enfermizo, con gana de cobrar en una persona los rencores que la policía ha alimentado contra los diferentes, sólo por esa razón. Por ser diferentes, porque a la limitada capacidad de comprensión de personas como esos agentes y esos miembros del jurado, escapa que la naturaleza, o Dios, quiso enriquecer la vida humana tiñéndola de coloraciones y pareceres distintos.

\*\*\*

Ese es el rencor que ha estallado en Los Angeles, esos son los demonios que han actuado allí antes que las explosiones de la semana pasada. Nadie disculpará la destrucción, la rapiña, la violencia sin norte. Pero se trata de un efecto, de la consecuencia de una causa que es preciso examinar primero que el resultado, porque éste se vuelve incomprensible e irremediable si aparece desvinculado de su origen. Ese resultado, adicionalmente, genera efectos perversos, pues ha puesto a pelear entre sí a las comunidades minoritarias. Hubo mexicanos entre los vándalos y las víctimas de los vándalos, como hubo negros en una y otra situación. Sus diferencias serán ahora ventiladas en tribunales que actuarán en la misma dirección que el jurado que absolvió a los verdugos de Rodney King.

Pálida a estas alturas la causa de los disturbios, borrada casi enteramente por el énfasis puesto en la destrucción, el saqueo y la muerte, los instrumentos de la autoridad -la policía sacramentada, la guardia nacional convertida en ejército de salvación, las tropas federales ocupantes de su propio territorio- adquieren brillo y valor, el valor y el brillo que habían perdido con la golpiza a King. Todo vuelve a su lugar. Los impugnadores de la injusticia han quedado reducidos a lo que son, una manada de búfalos destructores que debe ser condenada a la extinción, si no mediante el exterminio, sí a través de la cárcel, el estigma, la represión.